

Obra sin corrección

Julieta Rocío



Image not found.

Capítulo 1

Muchas cosas. Muchas cosas se dijeron, se hicieron, se pensaron, y se siguen creando, reproduciendo, palpitando. Voces a favor, voces en contra, voces extremistas, voces neutralizantes. Y mi cabeza no para, hace semanas que no para, un minuto, un instante. Qué decir que no se haya dicho, qué hacer que no se haya hecho, qué pensar para salir de acá, de esta encrucijada de éticas y costumbres y formas y censuras y angustias. Leo y releo y escucho y digo y debato y pienso, pienso, pienso, me enojo, me agoto, me entristezco, y pienso, pienso, pienso.

Nos quieren enseñar que la violencia está en todos lados, y que eso es malo. Que la violencia está en una pintada con aerosol en un monumento nacional, y eso está mal. Que la violencia es universal y, por ende, ineludible. Pero no, no lo podemos permitir.

Cada vez que decimos "nadie menos", cada vez que nos manifestamos "en contra de todo tipo de violencia", lo que estamos diciendo es "el mundo se divide en buena y mala gente, el problema es la mala gente". Nos desligamos del asunto, lo dejamos en manos de la justicia terrenal o divina, de cualquier forma ficticia, nos hacemos a un lado y juzgamos a los demás. Pero no, no podemos omitir que somos humanos y, como humanos, somos complejos y muy pelotudos.

Cada vez que decimos "también hay violencia de género de la mujer hacia el hombre", estamos reduciendo la magnitud de esta lucha a una simple riña doméstica. En medio de esta cultura machista en donde la mujer es débil y el hombre debe ser fuerte, todas las personas, sea cual sea nuestro género y nuestra identidad sexual, sufrimos las consecuencias. Pero no, no se trata sólo de representar bien un papel.

Cada vez que decimos que se mancha el justo reclamo con la violencia de pintar, escrachar y arruinar monumentos de la ciudad, lo que estamos diciendo es "sí, yo sé que esto mismo sucede en toda manifestación multitudinaria y siempre es repudiable, pero nos ensañamos con ustedes, mujeres, porque ustedes son las sensibles, las que ponen la otra mejilla, las que con dulzura y delicadeza se enfrentan a la denigración, la violación, la humillación, y le ponen el sentido común al absurdo del deber decir basta una y otra vez". Pero no, no basta con decir basta.

Cada vez que decimos "podría ser tu hermana, podría ser tu vieja, podría ser tu novia", nos olvidamos de que ES tu hermana, ES tu vieja, ES tu novia, somos todas. Pero no, no se trata de una cuestión de afecto, es que somos personas.

Cada vez que decimos "hay que salir, hay que darle bola a esta lucha, porque los números son alarmantes, porque la saña con la que mataron a una de las últimas pibas ya no puede volver a suceder", nos olvidamos de que esto no es reciente, no es ahora, es milenario y está arraigado en todos nosotros. Y no, no se trata de jerarquizar violencias, sino de

entender la realidad para aprender a cambiarla.

Ah, pero yo nunca golpeé a una mujer, así que la culpa debe ser de alguien más. Ah, pero yo soy mujer, así que la culpa la tienen los hombres.

Personalmente, me malcriaron como la menor de cuatro hermanos, la más chiquita por lejos y la única mujer. Desde temprano sentí las diferencias en el trato, las limitaciones y prohibiciones que sólo me afectaban a mí, y por un tiempo pensé que era el precio a pagar por haber nacido en último lugar. Al crecer noté que no, que no era la edad ni tampoco la experiencia materna: era el precio a pagar por haber nacido mujer.

A los diez años me cambiaron de escuela, a una escuela religiosa de varones que se acababa de hacer mixta. Quedaba cerca de casa y podía ir caminando. Fue justo cuando pegué el estirón, por lo que ya tenía que andar con cuidado por la calle, escondiendo el uniforme de privada, esquivando pajeros, exhibicionistas y manoseadores. Puertas adentro del aula era otro cantar: a esa edad los chicos no querían saber nada con las chicas, les estábamos usurpando el espacio aunque fuéramos sólo tres. Tuvimos que pagar derecho de piso, a lo bruto, haciéndonos las "machas", demostrando que estábamos "a su altura". Pero con el correr del tiempo y de la programación, todo aquello perdió sentido. Dejaron de buscar nuestras habilidades contestatarias para enfocarse en nuestros culos y pretender jugar a ser Julieta Prandi en representaciones caseras de Poné a Francella. El abandono de mis dos compañeras y el ingreso a la secundaria desde el último peldaño calmó un poco los humos y los siguientes años fueron mucho más humanos. Al menos dentro del colegio.

Creo que tenía catorce la primera vez que me agredieron por decir no. Creo que él tenía veintitrés. Y creo que supe reirme porque fue lejos de casa y me pude defender, no lo iba a volver a ver. En mi barrio no me causaba tanto coraje.

Todavía era adolescente cuando comencé a trabajar en Warnes, cuna del machismo porteño. Y quizás haya sido ahí donde, "protegida" por el linaje, padre y hermanos, me acostumbré a *sermujerapesardetodo*: me volví machista. Naturalicé la incomodidad, el miedo, y reprimí la bronca, el asco y el dolor. Cuatro años en ese mundo paralelo que representa lo más burdo de lo cotidiano, que no me hice torta porque todavía no sé cómo hacer para que me caliente una mujer. Pero daban ganas de.

Logré escapar de esa sátira contra la humanidad y llegué a conocer gente hermosa. Hombres y mujeres que me enseñaron que había otra cosa y que yo también valía. Tampoco nada fue muy cuesta arriba. No podía seguir estudiando sin trabajar y no podía conseguir un trabajo que no fuera degradante. Porque una mujer que trabaja de camarera es una mujer que está acostumbrada a cualquier cosa y se las banca todas. Pero yo ya estaba aprendiendo a desacostumbrarme, a desnaturalizar, a no tener un mango pero mantener la dignidad.

La primera vez que me llamaron a una entrevista laboral por mi

experiencia administrativa, fue para trabajar en la barra de un bar. Tenía que manejar la caja pero también servir tragos, siempre sonriendo, y complacer a los clientes con mi "inalterable simpatía". Mi jefe me contó, una de aquellas noches, que en los boliches contrataban chicas lindas para hacer presencia y atraer pibes. Me preguntó si no me gustaría trabajar de eso. Él también se creía simpático. Pero con el tiempo comenzó a cansarse de que no le contestara con ternura a los clientes que se pasaban de vivos. Entonces se volvió menos halagador.

El otro día me hizo reír un compañero de trabajo que me dijo "vos no te arreglás mucho para venir acá". Trabajo en un call center, así que a nadie le interesa demasiado la pinta que lleve. Aunque no, la verdad es que no me arreglo mucho para ir a ningún lado. Pero ya no es un mecanismo de defensa, no soy tan ilusa. Y no seas vos, sociedad, tan idiota. No es necesario vestirse provocativamente para pasarla como el orto. Basta con ser mujer.

No, a mi no me violaron, no me empalaron, no me mataron ni me desecharon en un container. Padecí múltiples tipos de violencia: la violencia policial, la violencia del fútbol, la violencia por la inseguridad, la violencia de un estado ausente e hipócrita, la violencia de la gente de mierda que sólo sabe ser violenta, y vivo la violencia de género cada día que salgo de mi casa sin tener la certeza de que vaya a volver. También hay muchos tipos de violencia que no viví en carne propia, el hambre, el desalojo, la xenofobia y tantas más. Ninguna es más importante ni más repudiable que otra, todo es una verdadera mierda. Pero estar en contra de todo tipo de violencia es estar en contra de nada, en contra de todo lo que está fuera de uno. Y cada vez que miramos y aceptamos, y cada vez que sabemos y obviamos, y cada vez que vivimos y callamos, nos volvemos cómplices y partícipes necesarios de cada una de estas mierdas.

Si no somos capaces de decir "ni una menos", si no somos capaces de decir "no es un policía es toda la institución", si no somos capaces de decir "a nuestros pibes los mató la corrupción", entonces no decimos nada, nos indignamos con el noticiero, nos despabilamos con Tinelli y nos vamos a dormir esperando que mañana sea un día mejor.

Para que realmente se cumpla el NiUnaMenos, como tantos otros reclamos vigentes, tienen que cambiar muchas cosas, se tienen que generar muchas garantías desde arriba, pero también nos tenemos que hacer cargo de tantas otras desde abajo. Entonces, quizá, mañana podrá ser un día mejor. Un mañana remoto, pero un mañana al fin.